



VIETNAM: ¿una guerra justa?

F. Chamberlain S. I.

En el Telediarario del 27 de octubre se entrevistó a un funcionario del gobierno norteamericano y entre otras cosas se pronunció un juicio sobre las manifestaciones anti-bélicas en Estados Unidos. Dijo que la protesta surge de ambientes universitarios y, como todos saben, los universitarios son ingenuos e inmaduros. Aseguró al auditorio español que la aplastante mayoría del pueblo americano apoya la política de guerra del presidente Johnson.

Es cierto que una fuerte crítica de la participación americana en el Vietnam ha surgido de sectores universitarios; sin embargo la crítica de la política de Vietnam no se limita a estos grupos estudiantiles. Hace poco se publicaron en el *New York World Journal Tribune* los resultados de una encuesta nacional hecha por el conocido sociólogo George Gallup. Según Gallup, sólo el 43 por ciento de los americanos apoya plenamente la política de Johnson; el 40 por ciento no está de acuerdo con ella; y 17 por ciento no tiene opinión.

Las opiniones sobre Vietnam varían mucho. Algunos a pesar de su sinceridad, manifiestan sin embargo un sentido moral que juzgamos deficiente. Por ejemplo, el P. Daniel Lyons, S. J. pronunció un discurso en Washington el 17 de septiembre en el cual dijo que los Estados Unidos deben "olvidarse de las negociaciones y dedicarse a ganar" la guerra. "En una guerra, como en un partido de fútbol, no se puede ganar sin hacer perder al otro equipo". Por tanto el P. Lyons pide el bombardeo de Hanoi y de Haiphong (1). El Cardenal Francis Spellman de Nueva York ha dado

(1) *National Catholic Reporter*, 28 de sept., 1966, p. 1.

expresión a este espíritu nacionalista de una manera más severa. Recogiendo un dicho de Stephan Decatur, legendario patriota americano del siglo pasado, y aplicándolo al Vietnam, dijo: "Repito: sea siempre recta mi patria; pero recta o equivocada, mi patria siempre" (2).

A pesar del apoyo a la política norteamericana en Vietnam por parte de extremistas, como el P. Lyons y de otras personas mucho más moderadas (p. e., las revistas *Time* y *Newsweek*; en el sector católico: el Cardenal Richard Cushing de Boston, la revista jesuítica *America*, etc.), la crítica aumenta. Hace pocos días, el *New York Times* publicó un ataque del presidente Charles de Gaulle a la política americana en Vietnam. Dijo de Gaulle: "Creemos totalmente reprochable que un país pequeño sea bombardeado por un país muy grande, y creemos no menos reprochable que los soldados de ambos lados sufran tanto" (3). Las declaraciones de de Gaulle no están motivadas, desde luego, por razones puramente éticas. Sin embargo, reflejan una creciente inquietud de muchos cristianos dentro y fuera de Estados Unidos sobre la moralidad de la participación americana en Vietnam.

UNA CRITICA CATOLICA

Sin duda, la revista católica *Commonweal* ha intentado, más que cualquier otra publicación o persona, exponer los criterios morales según los cuales el cristiano debe formar su conciencia respecto al Vietnam (4). Sintomático de esta preocupación es el número del 30 de septiembre dedicado en su totalidad a la cuestión vietnamita. De los artículos publicados en este número, el del P. Francois Houtart, conocido sociólogo belga, es sin duda el más profundo. Houtart nota que la mentalidad "anti-comunista" oculta el verdadero problema moral que la guerra plantea. Mirando al comunismo como si fuese un mal absoluto, resulta imposible para muchos ver el desastre humano provocado por la guerra; un desastre que es independiente de las intenciones de los participantes. Señala lo que llama "las consecuencias a largo plazo":

Esta es una guerra del «mundo desarrollado» contra el «subdesarrollado». No debemos olvidarnos de esto. Es una guerra del «pueblo blanco» contra «los pueblos de color» y la presencia de algunos soldados de Corea del Sur, bajo presión política, no cambia este problema. Es también una guerra de un «mundo cristiano» contra un «mundo no-cristiano». Por razón de las circunstancias es cada vez menos una guerra del «mundo libre» contra el «mundo bajo dominio comunista». Estos son hechos que no tienen nada que ver con las intenciones (5).

Además, Houtart hace notar que el presupuesto americano de la guerra (anualmente 13.000.000.000 dólares; en pesetas: 780.000.000.000) es casi suficiente para promover el comienzo del desarrollo en todos los países pobres del mundo. ¿Es justificable el gasto de tanto dinero en Vietnam, mientras exista tanta miseria en el mundo? Un dato no citado por Houtart, pero que corrobora sus observaciones, es que los quince paí-

(2) *Commonweal*, 3 de junio, 1966, p. 300.

(3) *New York Times* (International Edition), 29-30 de oct., 1966, p. 1.

(4) *Commonweal* es una revista publicada en Nueva York por seculares católicos.

(5) *Commonweal*, 3 de sept., 1966, p. 633.

ses más ricos del mundo han aumentado su producto bruto nacional en un 36 por ciento en los últimos cinco años. En el mismo período la ayuda al extranjero de estos quince ha crecido en sólo un tres por ciento. De hecho, los Estados Unidos han asignado este año para ayuda económica al extranjero la cantidad más baja de los últimos nueve años (6). No cabe duda que la guerra del Vietnam ha afectado seriamente las posibilidades del desarrollo en América Latina, Asia y África. Esto tiene que tomarse en cuenta cuando formamos un juicio moral sobre la intervención americana.

Según Houtart, ha llegado la hora para los cristianos de disociarse de la guerra del Vietnam. No hay ningún motivo suficiente para prolongar esta tragedia, no bastan ni razones políticas, ni la malicia del adversario. Y concluye diciendo, "Es imposible conciliar lo que está pasando en Vietnam con los valores cristianos". Lo interesante del argumento del P. Houtart es su punto de vista socio-económico. Si miramos la guerra de Vietnam sólo desde el punto de vista de una lucha ideológica, la enfocamos de una manera muy deficiente. Antes que ser una crisis política, es una tragedia social y económica, no sólo para el pueblo vietnamita, sino también para el mundo entero, sobre todo para los países en desarrollo.

LA OPCION DE CONCIENCIA

Mientras el debate sobre Vietnam siga, el cristiano norteamericano (¡como todo cristiano!) tiene que formar su conciencia respecto a la guerra. Para mí una de las deficiencias más graves de la situación actual es la falta de orientación en este asunto por parte de muchos líderes de la Iglesia norteamericana. No es necesario para ello tomar públicamente una postura a favor o en contra de la guerra; sino más bien, deben exponer los criterios según los cuales el individuo puede formar cristianamente su conciencia. Y esto no se ha hecho.

El ciudadano siempre se encuentra con obligación grave de atender a las direcciones de la autoridad pública de su nación. Normalmente esta grave obligación se extiende además al cumplimiento de dichas direcciones. La razón de esto es, desde luego, el bien común de la sociedad nacional. Si el ciudadano tuviera derecho a realizar en cada situación lo que le pareciera oportuno, caeríamos en un anarquismo feroz que al fin y al cabo destruiría la libertad de todos. Aunque parezca paradójico, orden, ley y obediencia son necesarios para el desarrollo de la libertad personal.

Sin embargo, el ser ciudadano no implica de ninguna manera la abdicación de la responsabilidad personal. El buen católico obedecerá a las direcciones de la autoridad pública, porque es precisamente por la obediencia como se logra de ordinario el bien común de la comunidad. Pero pueden surgir ocasiones donde esta obediencia no se requiera; sino más bien, lo contrario. Es decir, pueden darse situaciones en las que por razones de conciencia o por el bien común o por ambos motivos, no se deba seguir el camino señalado por los dirigentes gubernamentales. Creo que, en concreto, la guerra de Vietnam puede ser uno de esos casos límites.

(6) *Commonweal*, 21 de oct., 1966, p. 69.

La guerra moderna, mecanizada, es de tal enormidad y devastación que al individuo sólo puede permitírsele su apoyo a ella cuando exista certeza moral de la justicia en la participación de su patria en dicha guerra. Muchos cristianos dentro y fuera de Estados Unidos creen que esta certeza existe. Otros, como el P. Houtart, condenan la inmoralidad de la guerra. Unos se ven obligados en conciencia a apoyar la participación americana en Vietnam; otros se ponen en contra de cualquier forma de ayuda a la guerra. Ambos actúan según los dictámenes de su conciencia.

Pero hay un tercer grupo que no está convencido ni por los argumentos a favor de la intervención, ni por los que se dan en contra. Estos hombres se encuentran en un estado de duda. Y esta duda es objetiva y comunitaria; es decir, existe en muchos sectores de la población estadounidense y del mundo entero. No una incertidumbre basada en la ignorancia y la indiferencia, sino en la imposibilidad práctica de determinar donde está la verdad entre las afirmaciones frecuentemente contradictorias.

¿Qué debe hacer el cristiano que se halla en este estado de duda? Desde luego, no puede rechazar con ligereza los argumentos propuestos por los líderes nacionales; pero tampoco puede aceptarlos ciegamente. Porque de hecho el seguir sin más la dirección de los gobernantes en estos casos equivaldría a decir: "en casos de duda e incertidumbre objetiva y comunitaria, hay que luchar, a pesar de todo, por la patria". Es decir, el criterio absoluto de conciencia sería la política del estado nacional, lo cual sería un claro y rechazable principio totalitario. Cuando para muchos no hay una certeza moral sobre la justicia de la intervención americana, ¿cómo es posible exigirles que den su apoyo a ella? Para mí, la respuesta del cristiano queda bien clara: cuando la duda existe en esa proporción y con tales características, el cristiano no debe prestar su servicio o ayuda a una guerra. Su predisposición debe estar a favor de la paz.

Hay que lamentar que los líderes de la Iglesia americana, no hayan expuesto los criterios y principios necesarios para actuar cristianamente frente a la tragedia de Vietnam. La devastación de la guerra y el poder casi omnipotente del super-estado moderno hacen imperativa una teología que destaque los derechos de la conciencia y de la persona frente a las demandas de la autoridad pública. Porque el seguir en el plan pasivo en el que se ha situado hasta ahora la gran mayoría de la Iglesia americana, corre el riesgo de caer en un fracaso moral de peores consecuencias que el fracaso de las iglesias cristianas de Alemania frente a las guerras agresivas de Hitler (7). La Iglesia ya ha reconocido la primacía de conciencia en materia religiosa. Con el tiempo quizá veremos que las exigencias del estado moderno en casos concretos, como es una guerra, pueden ser una amenaza a la dignidad de la persona humana de igual magnitud que lo ha sido el énfasis exagerado en la verdad objetiva religiosa. El Vaticano II nos ha dado ya la base para un ulterior progreso en esta elaboración (8).

(7) Sobre la actuación católica en Alemania frente a Hitler, nos remitimos al excelente estudio de Gordon Zahn, *German Catholics and Hitler's Wars* (Sheed and Ward, Nueva York, 1962).

(8) Cfr. cap. 5 de la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual. Recuérdese cómo precisamente por parte del episcopado norteamericano hubo una fuerte campaña para su no aprobación.